

Guerrero, Javier. *Tecnologías del cuerpo. Exhibicionismo y visualidad en América Latina*. Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert, 2014. 296 pp.

En los estudios latinoamericanos, el cuerpo suele ser entendido en términos metafóricos y asociado al género. Las alegorías nacionales se constituyen a partir de la alianza y la exclusión de ciertos cuerpos, vistos como vehículos simbólicos y políticos. Mientras el cuerpo heterosexual reproductor se vincula a la salud nacional, el cuerpo desviado, *gay*, *queer*, transexual, travesti, etc., se expone al exterminio. Además, cuando se hace referencia al cuerpo, la discusión crítica tiende a enarbolar las nociones de género y *performance* de Judith Butler en *Gender Trouble*. En *Tecnologías del cuerpo*, Javier Guerrero se distancia de la alegoría y de la performatividad del género para insistir en la materialidad dúctil del cuerpo, capaz de rechazar el imperativo heterosexual-nacional y de resexuarse. El libro se concentra en cuerpos masculinos cuya sexualidad desafía las oposiciones binarias a través de la exhibición de su plasticidad, concepto que se toma prestado de la filósofa francesa Catherine Malabou y permite hablar, a partir de la gubernamentalidad de Foucault y de Butler en *Bodies That Matter*, de unas tecnologías de sexuación. El cuerpo puede remodelarse continuamente en experiencias como el viaje, la extranjería o la enfermedad, que reformulan la materia bajo la figura de un archivo—como repositorio de documentos, pero también como noción teórica derrideana—que se debate entre la conservación y la muerte, la normatividad y los modelados alternativos. En sus cinco capítulos, *Tecnologías del cuerpo* estudia la representación corporal en un conjunto de escritores y artistas contemporáneos que incluye a Reinaldo Arenas, Salvador Novo, Armando Reverón, Fernando Vallejo y Mario Bellatin, cuyos cuerpos se visualizan a través de novelas, crónicas, correspondencia, cuadros, fotos, etc.

En el primer capítulo, se estudia al escritor cubano Reinaldo Arenas como un cuerpo viajero que desafía la abyección del homosexual decretada por la Revolución Cubana. El capítulo enmarca la salida del cuerpo areniano del espacio nacional en el éxodo Mariel y su expulsión de ciertos sujetos no deseados. Desde el exilio, Arenas reescribe y empodera su condición residual bajo diferentes formas, que son comentadas en textos y en imágenes en los que el escritor posa, se muestra: cuerpo perseguido, cuerpo *gay* que goza su libertad y cuerpo deteriorado por el SIDA. El análisis de Guerrero destaca la reescritura como técnica literaria central del autor—analizada en *Celestino antes del alba*, *El mundo alucinante*, *Antes que anochezca* y otros textos; y subraya la celebración colectiva de Arenas efectuada por el grupo de los marielitos, quienes escriben y reescriben a su “rey”. Es clave la noción material de “persona-reescritura”, pues no funciona solamente como una metáfora: el capítulo extrema la analogía convencional entre cuerpo y texto para plantear que, en Arenas, ambas dimensiones forman parte de un continuo de plasticidad y sexuación. El capítulo termina con una interpretación del archivo Reinaldo Arenas, en la Universidad de Princeton, como un “cuerpo manuscrito, corregido, remendado” que continúa siendo transformado gracias a nuevos documentos y materiales (102).

Otro cuerpo viajero aborda el segundo capítulo, dedicado a Salvador Novo y a sus fotos, crónicas de viajes, correspondencia inédita y sus memorias *La estatua*

*de sal*. Sin duda el caso de Novo es distinto del de Arenas, pues aunque el “cronista de México” participa de la ciudad letrada y la cultura estatal, su exhibicionismo incómoda desde adentro a la tradicionalmente homofóbica sociedad mexicana. Ello es claro en las crónicas de Novo, en las que “cruzar la frontera nacional es también cruzar los límites del género” (114): el cambio de lengua, la aventura sexual y el travestismo son índices de una resexuación que se lleva a cabo en el extranjero. El “corpus novo” se exhibe también en fotos que se inician en la niñez del escritor como espectáculo familiar y continúan hasta la edad adulta, cuando el maquillaje, los anillos, las pelucas y otros elementos operan como prótesis materializadoras de una corporalidad que, según Guerrero, ha sido malinterpretada según el arquetipo del dandi. Si el dandi decimonónico es un aristócrata vinculado a la alta cultura, cuya capacidad de consumo le permite adquirir objetos que resaltan su yo, Novo cultiva el mal gusto y lo popular en el arte, la escritura y la vida. Así, el cronista logra introducir lo vulgar y lo indecente en el seno de la cultura oficial mexicana. Para finalizar, Guerrero menciona que pese al masculinismo históricamente presente en México, el archivo de Novo “cataloga a sus novios” y colecciona los accesorios con que resexuaba su cuerpo (158).

Es interesante que, en el tercer capítulo, Guerrero incluya al artista plástico venezolano Armando Reverón. Más allá del oficio, los artistas estudiados en el libro comparten la exhibición del cuerpo y la recreación de la masculinidad. Aquí, Guerrero desplaza la atención hacia las muñecas de Reverón, ya que es el contacto entre ellas y el cuerpo de su creador lo que produce la transformación de este en muñeca, generando un paradójico ciclo de asco y consagración. El capítulo reflexiona sobre la conflictiva asimilación de Reverón dentro del arte oficial. Por una parte, el pintor es entronizado como “el pintor nacional de Venezuela” (182), especialmente por sus paisajes. Sin embargo, sus elaboradas muñecas de yute y trapo son materia de abyección, pues, en la leyenda que rodea a Reverón, se las relaciona con la locura, el incesto y la perversión sexual: las muñecas funcionan como hijas, amantes y proyecciones del “loco de Macuto”. Guerrero deconstruye la oposición paisaje/muñecas, mostrando la centralidad del cuerpo sexuado en todo el arte de Reverón; luego, propone que las muñecas “se oponen a los cuerpos que ornamentan a Caracas como vitrina de la nación pujante y moderna” (198). Además, el capítulo ofrece una sugerente genealogía de la muñeca como tema artístico y literario, que incluye, en el arte europeo, a las criaturas de Hans Bellmer, Michel Nedjar y Oskar Kokoschka, y, en la literatura hispanoamericana, los relatos “Las Hortensias” de Felisberto Hernández y “La muñeca menor” de Rosario Ferré.

En el cuarto capítulo, se regresa a la literatura con Fernando Vallejo, voluntario ex-ciudadano colombiano cuyo cuerpo viajero transmite un virulento mensaje antinacional. En *Tecnologías del cuerpo* se postula que Vallejo, a través de sus textos autoficcionales, su biografía de Porfirio Barba Jacob y su *performance* de escritor, “inventa un cuerpo errante y sexuado” que se instala en la extranjería para, desde ese afuera liberador, erotizarse como cuerpo homosexual, teorizar sobre la imposibilidad del regreso y vituperar a la patria de origen (212). Vallejo negocia entre el violento espectáculo de la negativa a volver y el retorno fallido a un país destruido y moribundo. Al igual que en Arenas, viaje y enfermedad se entrelazan en tanto tecnologías de resexuación: en *El desbarrancadero*, el cuerpo seropositivo de su hermano

Darío es analizado como un gemelo del de Fernando, a través de un comentario de la portada de esta novela de 2001, que exhibe una foto infantil de ambos. La parte final del capítulo se detiene en una visita de Vallejo a Colombia, realizada en 2006, en la que se presenta en Bogotá con quince perros callejeros—es conocida su faceta de animalista—para criticar la incorrecta gramática de un grupo de escritores latinoamericanos reunidos en un libro de fotos y textos. La animalización del escritor y su paradójico conservadurismo lingüístico se conjugan en un doble ataque de la nación y de la ciudad letrada.

El quinto capítulo se le dedica al escritor Mario Bellatin y a lo que se denomina su “experimento de la piel” (270). Bellatin es, como Vallejo, un cuerpo viajero y, cabría argumentar, también posnacional dada su movilidad entre Perú y México. Guerrero se concentra en la novela corta *Salón de belleza*, para interpretar el espacio del moridero para enfermos de SIDA como un laboratorio de experimentación corporal donde un conjunto de hombres homosexuales y marginales se someten a una metamorfosis orquestada por el narrador. Los “poderes cosméticos de transformación” desafían la materialidad del sexo para “concebir un nuevo cuerpo” (248, 249), ni masculino ni femenino, en el que la enfermedad ha intervenido para tornarlo “irreconocible bajo una lógica heteronormativa” (250). Además de disponer un experimento estético, el salón de belleza crea un espacio político alternativo que le arrebató al estado el control biopolítico sobre los cuerpos anómalos y descartables. Bellatin es, además de escritor, *performer*; por ello, se explora la autoexhibición visual de su cuerpo, cuyo ausente brazo derecho suele aparecer, en fotos, entrevistas y caricaturas, reemplazado por variadas prótesis. Guerrero se enfoca en la llamativa prótesis en forma de pene que Bellatin llevó al festival literario de Paraty en 2009, la cual “reinventa la genitalidad” (260). En conjunto, la obra de Bellatin desencadena una serie de reformulaciones transmediales de la materia del cuerpo masculino.

*Tecnologías del cuerpo* se cierra con una conclusión que resume los capítulos precedentes y reafirma la noción de plasticidad como una apertura del cuerpo a un futuro de infinitas resexuaciones. Además de comentar en profundidad y con solidez teórica la obra literaria, artística y performativa de cinco importantes figuras contemporáneas, Guerrero propone un modelo de lectura que puede resultar productivo por dos razones fundamentales: primero, por su énfasis en el cuerpo—escapando del género, dimensión ya mucho más tratada; y segundo, por su fluidez para transitar entre el texto y la imagen. El gesto de enlazar el análisis de una novela con el comentario de fotos de escritor y portadas de libros es iluminador para la crítica literaria más ortodoxa, que en ocasiones demuestra una obsesión excluyente por lo textual. Por todo ello, este libro representa un aporte significativo a los estudios literarios y visuales latinoamericanos.

Luis H. Castañeda

Middlebury College

Jouve Martín, José R. *The Black Doctors of Colonial Lima: Science, Race, and Writing in Colonial and Early Republican Peru*. Canada: McGill-Queen's UP, 2014. 203 pp.

On one hand, José R. Jouve Martín's newest book, *The Black Doctors of Colonial Lima: Science, Race, and Writing in Colonial and Early Republican Peru* (2014), signals a departure from his first effort, *Esclavos de la ciudad letrada: esclavitud, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)* (2009). The earlier title focused on seventeenth-century Lima and how persons of varying degrees of sub-Saharan African ancestry, free or enslaved, navigated that bureaucratic and literary maze of social control and representation limned by Angel Rama in *La ciudad letrada*. The present monograph, in contrast, brings to the forefront health policy, medicine, and the “limits of racial domination” (to borrow Douglas Cope's felicitous phrase) during the long eighteenth century, when late-vice-regal institutions ostensibly gave way to republican ones. On the other hand, there is an intellectual and methodological consistency that situates Jouve Martín's two books within a personal and collective trajectory of anti-racist scholarship and pedagogy. As a result, both books are essential titles for scholars and teachers interested in understanding racial formations in Peru, and in how Afro-Peruvians negotiated and resisted racial, caste, and legal hierarchies from the seventeenth century to the early nineteenth century.

*The Black Doctors of Colonial Lima* imparts to readers the life stories of a handful of mulatto, *pardo*, and black physicians from Lima: José Manuel Valdés, José Manuel Dávalos, and José Pastor Larrinaga. It is the first book-length study devoted to such physicians in any one city of colonial and early republican Latin America. As such, its scope and its intentions are both daring and original, and the Introduction clearly presents to readers the novelty of the subject matter as well as the organization of the volume's materials and themes. Although I could not possibly do justice to Jouve Martín's slim volume within the span of this review, I shall try to communicate its ambitions and its achievements.

As a historian of science, I was surprised by the many ways in which Afro-Peruvian physicians transcended their medical profession and entered the public sphere and the literary establishment during the early nineteenth century. This was made possible because certain government and university officials, reaffirming the informal policy known as *Obedezco, pero no cumpro*, elected to not maintain all of the barriers erected by institutional racism. As a result, a handful of mulatto, *pardo*, and black physicians not only were aware of key scientific achievements of the Enlightenment but also contributed to the same in Peru, their writings finding publishers as far away as Madrid, Granada, and Montpellier. Moreover, they associated with powerful Crown figures in the sciences and they had a voice in public health policy matters and debates in Peru. The advancement of the sciences during the long eighteenth century was of course predicated on the alliance of literati and government (Church and Crown officials alike), as many previous scholars have demonstrated.